

HOMENAJE A JAMES THEBERGE

Se presentan a continuación tres discursos en homenaje al ex Embajador de EE.UU. en Chile, James Theberge, pronunciados el día 28 de julio de 1988 en el Instituto de Ciencia Política de la Universidad de Chile, por los señores Manuel Trucco, Gustavo Cuevas y Tomás P. Mac Hale.

I. UN BUEN AMIGO DE CHILE

Agradezco muy sinceramente la amable invitación del Director del Instituto de Ciencia Política de la Universidad de Chile, don Gustavo Cuevas Farren, para que participe junto a él y al profesor Tomás Mac Hale en este acto destinado a rendir un sentido homenaje a la memoria del Embajador James Theberge. Sólo me atrevo a considerar como razones que pudieran justificar la benevolencia implícita en la distinción que recibo, el haber sido amigo del Embajador Theberge; haber ejercido funciones y desempeñado actividades, cada cual cuidando los intereses de sus respectivas naciones, a veces paralelas y coincidentes, en las que nos han alentado propósitos y esperanzas similares y encontrado satisfacciones y contratiempos que deben haber tenido, también, sabor muy parecido. Conocí a James Theberge en Washington, al promediar la década de los años sesenta. Venía él de servir en la Embajada de los Estados Unidos en Buenos Aires, a cargo de los asuntos económicos. Pronto pude informarme que sus estudios habían sido rigurosos, lo que le valió obtener su licenciatura en la Universidad de Columbia, en Nueva York, y una beca en la Universidad de Heidelberg, en Alemania, y grados conferidos por la Universidad de Oxford, donde se especializó en Economía. Esos años le habían visto también como profesor visitante en la Universidad de California, en Los Angeles; en la Academia de Guerra de su país, en la Universidad de Ceará, en Brasil, y en la Universidad Nacional de Buenos Aires.

Sus experiencias y conocimientos fueron divulgados a través de las cátedras y funciones que ejerció, como además en una nutrida colección de estudios y libros que han sido publicados. Cito algunos:

- *Presencia Soviética en América Latina.*
- *El Poder Naval Soviético en el Caribe. Sus Implicancias Políticas y Estratégicas.*
- *El Nuevo Internacionalismo en América Latina.*
- *América Latina y el Sistema Mundial.*
- *América Latina. Su Lucha por el Desarrollo.*

(Esta última obra en colaboración con Roger Fontaine, quien sería su sucesor en la Dirección de Estudios Latinoamericanos del Centro para Estudios Estratégicos e Internacionales de la Universidad de Georgetown).

Bastaría con esta exigua relación para comprender cuán completa fue la formación y cuán estricta la aplicación de James Theberge para las disciplinas

a que habría de consagrar su vida. Me detendré aquí en la enumeración de los valores que distinguen al académico, pues bien comprendo que el profesor Mac Hale y el Director Cuevas Farren abundarán en ese examen y en el alcance y mérito de esa trayectoria.

En esta ocasión deseo referirme a la calidad del hombre, del diplomático, del sincero admirador de Chile y de su gente y, en fin, del querido y leal amigo personal, cuyo corazón se detuvo, súbita y dolorosamente, cuando estaba en la plenitud de una laboriosa y fructífera jornada.

A principios de la década del setenta, James Theberge era Director de Estudios Latinoamericanos en el Centro para Estudios Estratégicos e Internacionales de la afamada Universidad de Georgetown, en Washington. Su interés, como resulta fácil deducir de las responsabilidades que se resolvió a encarar, estaba centrado en la crisis política que vivían los países latinoamericanos, como era el caso de Chile.

Eran también académicos de la Universidad de Georgetown, Jeane Kirkpatrick, José Sorzano y otros distinguidos estudiosos y científicos políticos, quienes sentían parecida preocupación por los acontecimientos que iban perfilándose en América Latina.

Con bastante anterioridad a los sucesos que conturbaron las instituciones democráticas en Chile y pusieron término al gobierno de la Unidad Popular, Theberge ya había advertido claramente los peligros que se cernían sobre nuestro país. Recuerdo que en esos tiempos me extendió una invitación para que asistiera a una conferencia que, auspiciada por el Centro de Estudios de Georgetown, desarrollaría Robert Moss, escritor y periodista de bien ganada reputación e influencia por sus artículos en el *Economist* de Londres. Moss, a su regreso de una de sus visitas a Chile, y requerido por Theberge, presentó el cúmulo de sus observaciones sobre la situación del país, ante una nutrida concurrencia (que incluía a mi querido amigo Francisco Orrego).

La exposición de Moss —autor más tarde del libro titulado *El Experimento Marxista en Chile*, profusamente editado en inglés y español— provocó agitadas discusiones, pero la claridad y el número casi infinito de cifras y hechos concretos aportados por el expositor llevaron claramente a ratificar el vaticinio de Moss, de que el “experimento” chileno conducía irremisiblemente a un fracaso, en el que sólo la cordura, muchas veces manifestada por el pueblo chileno, sería capaz de evitar una confrontación sangrienta. Aquel fue el primer impacto producido en el sector “intelectual” de Washington en torno a la “situación” en Chile.

Producida la culminación del proceso, Washington se enteró, al igual que el resto del mundo, de las noticias que, provenientes de Chile o de otras fuentes, presentaron en términos aún más dramáticos la cruenta realidad de lo ocurrido.

En esas circunstancias, el primer testimonio objetivo que llegó al Congreso de los Estados Unidos fue el que presentara, personalmente, James Theberge. En esa declaración, que se encuentra en los boletines de la Cámara de Representantes, Theberge examinó los antecedentes que condujeron a la crisis de la institucionalidad chilena y refutó las distorsiones presentadas por

otros sectores. Ese testimonio refleja la honradez intelectual, la seriedad, la responsabilidad y la hidalguía que caracterizaron la vida entera de Theberge.

Pocos meses más tarde fui llamado por el nuevo Gobierno de Chile para que asumiera la Embajada de nuestro país ante la OEA, en la que enfrentábamos serios problemas.

Desde un principio, entre las muchas personas con cuya amistad me he honrado, James Theberge aportó una cooperación sincera y desinteresada para promover reuniones en las que participaban gentes cuyos criterios estaban abiertos al análisis y a la comprensión.

Ligados a mis recuerdos están las muchas ocasiones en que nos reunimos en rápidos almuerzos en el Club Cosmos, por el que Theberge sentía predilección, o en mi oficina o residencia, para comentar las noticias, artículos o editoriales que fueran de particular interés o actualidad. En una de aquellas conversaciones abordamos una información que revestía importancia para ambos: la Administración Ford estaba considerando el nombre de Theberge para asumir el cargo de Secretario Auxiliar de Estado para Asuntos Latinoamericanos. Tanto él como yo pensamos que ello podría ocurrir, dadas las noticias directas que en tal sentido provenían de personas muy próximas al Presidente y al Secretario de Estado o de alta figuración y responsabilidad dentro del Partido Republicano. En definitiva, el nombramiento recayó en la persona del distinguido abogado y miembro del ala llamada "liberal" del Partido Demócrata, William Rogers.

Un hombre con las dotes de caballerosidad de James Theberge no lo habría revelado, pero siempre quedó en mí el recuerdo de una sonrisa que acaso disimulaba una decepción. Ajeno a los trajines políticos, concentraba su vida en el estudio y análisis de los altos problemas internacionales y estratégicos; acaso no era fácil para Theberge comprender que, a veces, los gobiernos necesiten más de la cooperación que le pueda prestar un opositor que la de un serio y abnegado partidario.

Theberge permaneció en sus importantes trabajos en la Universidad de Georgetown y nuestra relación personal continuó con las mismas características. Sus apreciaciones sobre el "estado de ánimo del Congreso" y "la perspectiva política general" que se iba desarrollando con respecto al gobierno de Chile eran, en el sinfín de informaciones que un diplomático está obligado a considerar, de un valor especial para mí. Tanto en el desempeño de mis funciones como representante ante la OEA o ante el Gobierno de los Estados Unidos, esa fue la característica en la relación de amistad y confianza recíproca que existió con James Theberge, en la que fueron partícipes Giselle y mi mujer.

En 1975, James Theberge fue designado Embajador en Nicaragua. Nos sumamos a la alegría y satisfacción que sus muchos amigos sintieron al verlo incorporado al servicio diplomático de su país, en una región y en un país que habían sido el objeto de los estudios realizados por el nuevo embajador y cuya importancia para los Estados Unidos se encuentra en la historia del pasado y en la que estamos viviendo.

La misión de James Theberge en Managua finalizó en 1977 con el advenimiento de la administración Carter. Nuestro amigo, con una nueva

experiencia en su bagaje, se reincorporó a las funciones académicas de la Universidad de Georgetown.

El Presidente Reagan asumió en 1981 la Presidencia de los Estados Unidos, respaldado en las urnas por una abrumadora mayoría de votantes y rodeado de una popularidad que trascendía partidos políticos y sectores geográficos de la nación. Algunos meses más tarde, James Theberge me comunicaba por teléfono a mi oficina en la delegación de Chile ante Naciones Unidas, con manifiesta alegría, que su nombre había sido oficialmente propuesto al gobierno de Chile para ocupar la Embajada en Santiago.

La satisfacción de Theberge era franca y abierta; yo sabía de su gran interés y simpatía por Chile y él estaba cierto de poder contribuir a disipar los nubarrones y diferencias que se presentarían en el tratamiento de algunos asuntos escabrosos, para lo cual contaría con el decidido concurso de su gobierno. Por otra parte, la Embajadora Jeane Kirkpatrick, cuya influencia ante el Presidente Reagan estaba avalada por la claridad y profundidad de sus análisis, había sugerido al Mandatario el nombramiento de Theberge, además de proponerle otras designaciones en el área de las relaciones con países considerados "claves" en América Latina.

El conocimiento y amistad mutuas de Jeane Kirkpatrick y James Theberge venían desde las aulas de Georgetown. La Embajadora Kirkpatrick procuraba ahora que las posiciones de las delegaciones de Estados Unidos en la OEA y Naciones Unidas fueran coherentes con respecto a los países latinoamericanos. Jeane Kirkpatrick sostenía que la historia del presente siglo no daba pie para esperar que los regímenes totalitarios extremistas puedan transformarse a sí mismos; y aducía que era mucho mayor la posibilidad de avanzar hacia una progresiva liberalización y democratización de los gobiernos de Argentina, Brasil y Chile, que en aquellos de otras naciones.

Basada en esas ideas y en muchas otras que han sido elocuentemente presentadas desde la cátedra, el libro, la tribuna, la prensa y en declaraciones oficiales adoptadas por su propio gobierno, Jeane Kirkpatrick mantuvo, con respecto a la situación imperante en Chile durante esos años, una actitud constructiva y mesurada, viajando en dos ocasiones a Santiago y acompañándonos con su voz y su voto en las ocasiones en que Estados Unidos fue llamado a pronunciarse frente a acusaciones y resoluciones presentadas en las Naciones Unidas contra el gobierno de Chile.

En una de sus intervenciones en Naciones Unidas, Jeane Kirkpatrick había recordado que "los gobiernos no son la única fuente de opresión y tiranía y que serios pensadores políticos, como Thomas Hobbes, John Locke, el barón de Montesquieu y Jean Jacques Rousseau y sus predecesores medievales comprendieron que los derechos humanos existen con independencia del gobierno, porque estos derechos pueden ser y son violados por la violencia privada, así como por la coerción pública". Un gobierno legítimo, decía, "protege y amplía los derechos, porque protege a los individuos contra la violencia privada".

Además llamó la atención a que:

“Las actividades de las Naciones Unidas en lo que se refiere a Latinoamérica ofrecían un ejemplo particularmente notorio de hipocresía, pues durante la última Asamblea General sólo cuatro países latinoamericanos habían sido acusados por una u otra violación de los derechos humanos y en Ginebra, la Comisión de Derechos Humanos había aprobado resoluciones condenatorias de El Salvador, Guatemala, Chile y Bolivia. Sin duda, manifestaba, que algunos de esos gobiernos eran culpables de aquello de lo cual se les acusaba, pero advertía que la posición moral de sus jueces era socavada por su cuidadosa despreocupación ante las violaciones mucho más graves y extendidas de las libertades humanas que se perpetraban en otros países”.

Las palabras de Jeane Kirkpatrick eran reveladoras elocuentes de la posición de su gobierno y del propósito de colaboración que a éste le animaba con respecto a aquellos gobiernos que anunciaban haber iniciado el camino de la institucionalidad democrática y del respeto a la dignidad del individuo.

Esa era la posición que el Embajador James Theberge venía a representar en Chile. La designación de este embajador que, a su vez, había demostrado absoluta coincidencia con esos principios; que era un hombre sin pasiones, con un conocimiento objetivo de la realidad chilena, animado del propósito de contribuir a estrechar nuestras relaciones y a disminuir la gravedad de los puntos de fricción; a disipar las incomprensiones; a cooperar en todo lo que fuera posible al restablecimiento institucional, ¿no eran acaso señales auspiciosas de que se procuraba despejar de tropiezos insalvables el camino que aún nos restaba por recorrer? El Embajador Theberge llegó a Chile con una gran esperanza y con la entusiasta voluntad de cooperar en los buenos propósitos de su gobierno y en los pasos positivos que el gobierno de Chile se aprestaba a emprender.

Hoy debemos lamentar que la tarea propuesta y la oportunidad que esa etapa ofrecía no cristalizaran.

Sólo la Historia y el destino pueden pronunciarse sobre las oportunidades que se perdieron.

A nosotros solamente nos es lícito recordar que en el período en que James Theberge fue embajador de su país en Chile la administración Reagan se encontraba en el apogeo de su autoridad cívica y moral; y nuestro gobierno ofrecía una apertura política e institucional. Ambas circunstancias parecían ser propicias para restablecer sobre bases perdurables nuestras estructuras democráticas y para vigorizar nuestras relaciones con la comunidad internacional.

Mi homenaje al Embajador Theberge obedece a que lo supe un servidor ineludible de esas causas.

MANUEL TRUCCO*

* MANUEL TRUCCO: Ex Embajador ante las Naciones Unidas.

II. EL EMBAJADOR JAMES D. THEBERGE EN CHILE

Comenzábamos nuestro primer año de actividades como Instituto de Ciencia Política de esta Casa de Estudios, en 1982, cuando tuvimos el agradable placer de recibir al Embajador de Estados Unidos en Chile, James D. Theberge, quien nos honraba con su primer acercamiento a un Centro de Estudios Superiores, inmediatamente iniciada su labor diplomática en nuestro país.

En ese primer encuentro nos sorprendió tanto por sus condiciones académicas, reflejo de una dilatada trayectoria en este campo, como por su percepción política, que le permitían acercarse a un tema que era de profunda inquietud: el rol de América Latina ante los acontecimientos mundiales, y especialmente al conflicto fundamental entre la cultura occidental y el marxismo-leninismo.

El conocimiento profundo e ilustrado que el Embajador Theberge tenía de Chile, junto con su calidez y simpatía, le hizo ganar sinceros amigos, que le recuerdan como un instruido académico y hábil diplomático, poseedor de una rica personalidad.

La percepción de la historia reciente de Chile, de su realidad política, económica y social, le lleva a analizar los acontecimientos de nuestra patria desde un prisma privilegiado, siendo un acucioso observador imparcial y un convencido de la necesaria e impostergable lucha que debe plantearse contra los avances totalitarios del comunismo soviético.

Sus observaciones sobre Chile le llevan a considerar al Partido Comunista como un constante seguidor de estrategias de extensas alianzas, reconociendo certeramente que el objetivo del marxismo ha sido el de aprovechar la debilidad de las instituciones democráticas del país e instaurar la "dictadura del proletariado".

Junto con sus apreciaciones referentes a las disyuntivas y problemas de la democracia en Chile, constata que la comunidad internacional ha tenido una imagen errónea del proceso político del país.

Es que el proceso que vivió Chile durante el gobierno anterior no lo podía dejar indiferente, dadas sus proyecciones, consistente en el alejamiento de nuestro país de la realidad hemisférica, considerando que bajo el régimen de Allende las relaciones de Chile con Estados Unidos fueron reemplazadas por una fuerte relación política y económica con los "países socialistas", especialmente Cuba y la Unión Soviética.

Es en este contexto que el espíritu de observador objetivo de James D. Theberge se desarrolla; cuando algunos olvidan que el adversario de la democracia tanto en Chile como en el resto de la América Latina se encuentra en el Partido Comunista, obediente ejecutor de las doctrinas emanadas de la Unión Soviética, el Embajador Theberge había percibido la gravedad del momento en los últimos meses anteriores al pronunciamiento militar.

Así, la imagen que el Embajador Theberge tiene del Presidente Allende, lejos de definirlo como demócrata, según la óptica de ingenuos y desconocedores de su actuación política, es la que más se ajusta al verdadero

rol que éste cumplió, especialmente en un período vital para Chile, puesto que aquel socorrido compromiso del Presidente aludido de respetar el estatuto de garantías constitucionales (diseñado para comprometer a su gobierno con la preservación de las libertades democráticas chilenas que consagraba la Constitución de 1925 a cambio del apoyo necesario de la Democracia Cristiana en el Congreso para asegurar su elección a la Presidencia) fue meramente una “necesidad táctica” para lograr el poder y no para ser considerado con seriedad, tal como el propio Allende explicaría sin disimulo, después, al periodista Regis Debray.

Alcanzado el poder por el conglomerado de partidos de la UP, los acontecimientos de aquellas “vía pacífica al socialismo” se tornan cada vez más inmanejables, incluso para el mismo Allende, lo que permite al Embajador Theberge descubrir la otra imagen del proceso, no bien explicada por anteriores observadores, en la que no se descartaba por completo echar mano de la lucha armada con el fin de hacerse del poder total.

Los hechos se precipitan de tal forma, que no pasa inadvertido para el Embajador Theberge que, ya en el verano de 1973, Allende se encontraba convencido de que esta lucha armada y la conquista violenta del poder eran los únicos medios que le restaban para alcanzar el control total, después de que la “vía chilena” o constitucional había fracasado.

Producido el pronunciamiento militar del 11 de septiembre de 1973, y considerando el grado de destrucción y de enfrentamiento a que llegó la nación, el Embajador Theberge constataba el impacto de esta acción en el comunismo, al apreciar en forma clara la intensidad de la frustración y desagrados comunistas expresados en una de las más bien apoyadas y mejor orquestadas campañas mundiales de propaganda destinada a aislar y desacreditar al nuevo régimen. Todos los chilenos estamos bien conscientes del alto grado de virulencia y persistencia que tal campaña ha tenido en contra de nuestro país, mantenida desde aquella época hasta ahora, en la cual más de algún desprevenido ha caído.

En todo caso, el Embajador Theberge no sólo se queda en la constatación de los hechos trágicos del período de la UP, sino que intenta resumir el verdadero sentido y alcance de esta revolución, ya que el socialismo que buscó imponer al pueblo de este país el régimen de Allende no fue un nuevo tipo de socialismo democrático y “humano”, sino que consistió en el viejo dogma marxista totalitario.

Cuando algunos pretenden reeditar esta dolorosa experiencia sufrida por nuestro país, presentando un socialismo respetuoso de los derechos humanos, “evolucionado”, según sus voceros, es importante retener esta última observación de nuestro amigo Theberge, que aparece como una llamada de atención que no ha perdido actualidad.

Pero el análisis de Theberge acerca del proceso político de nuestro país no se detiene en el período del intento socialista de la UP, sino que se adentra con igual destreza en el actual Gobierno, destacando las importantes realizaciones llevadas a cabo en el ámbito económico, en el cual se ha adoptado una política de inversiones extranjeras abierta y no discriminatoria, basada en el principio del “trato nacional”, es decir, careciendo de un tratamiento discriminatorio o de incentivos especiales para el inversionista

extranjero. Observa que la estabilidad política de Chile, así como su prudente manejo económico y su política de libre mercado, al igual que la actitud favorable respecto de la inversión, han generado un clima propicio que ha estimulado la inversión extranjera, todo lo cual le hacía encontrarse optimista con respecto al camino tomado por las nuevas autoridades.

El análisis por él realizado de la situación chilena, en el ámbito económico, le permitió también corroborar su optimismo y confianza en las perspectivas económicas de Chile en el largo plazo, lo que llevaba a predecir para nuestro país, dadas las condiciones generales y deslindando lo imprevisible, una perspectiva relativamente buena para dejar atrás la recesión de 1982, y retomar el camino de acelerado progreso económico y social durante los años venideros.

Ahora bien, sabemos que su apreciación sobre los hechos económicos de aquella época y sus predicciones se hicieron realidad, incluso contradiciendo a muchos agoreros de un futuro incierto, lo que lo destaca como un profundo conocedor de las fuerzas internas de este país.

Pero su comprensión de los acontecimientos económicos y políticos de Chile, cumple un propósito más global y persistente en el tiempo, ya que son los elementos que le permiten fortalecer las relaciones comerciales y de inversión de Estados Unidos en Chile, no sólo con el objeto de servir a los intereses mutuos puestos en juego, sino que especialmente con el fin de generar nuevas oportunidades de comprensión de ambos pueblos.

Haciéndose cargo de los desafíos que enfrentan los países, los cuales aprenden en conjunto del reto de la interdependencia, el Embajador Theberge creía que el manejo inteligente de esta interdependencia, característica principal del período final del siglo XX, y en que tanto Estados Unidos como Chile juegan un importante papel, se transformaría en la más relevante meta a enfrentar en lo que resta del siglo.

En otro orden de materias, debemos recordar que su optimismo acerca del futuro era el elemento determinante en su carácter, y lo proyectaba en todas sus actuaciones, análisis y conversaciones sobre nuestra patria. De allí que, definiéndose como un verdadero y buen amigo de Chile, estaba seguro de que nosotros seríamos capaces de enfrentar los desafíos a que estamos expuestos, logrando un crecimiento moderado y, lo que para él era más importante aún, echar las bases para que el crecimiento fuera sostenido en el futuro.

El respaldo que el Embajador Theberge dio a este país, tanto cuando cumplía con sus labores diplomáticas como después alejado de nuestra patria, pero siempre en continuo contacto con ella, lo llevó a sostener que "el futuro de Chile depende menos del precio del cobre, de las tasas de interés u otros factores externos que de la inteligencia, laboriosidad y criterio con que su pueblo trate de crearse un porvenir mejor".

Es importante rescatar esta afirmación suya, la cual trasluce la imagen precisa que un amigo extranjero tiene de Chile, a pesar de nuestros propios defectos, los cuales a la luz de lo expuesto son remontables. En efecto, en un período crucial de nuestra historia, como lo es el actual, es necesario tener confianza en nuestro futuro tal como él la tuvo.

Este verdadero amigo de Chile, destacado intelectual, profundo observador de la realidad nacional, quizás más que los propios partícipes de ella, pasó por este país dejando una huella clara e imperecedera en las relaciones bilaterales entre Chile y Estados Unidos, a la vez que una multitud de amigos, parte de los cuales nos hemos reunido en esta ocasión para restablecer ese diálogo franco y fructífero entre ambas naciones, en la calidez con que en tantas otras oportunidades nos unimos a él para repensar los temas de nuestra realidad.

GUSTAVO CUEVAS FARREN*

III. EL EMBAJADOR THEBERGE Y SU PENSAMIENTO SOBRE AMERICA LATINA Y EL CARIBE

Me corresponde intervenir esta tarde en el homenaje que merecidamente el Instituto de Ciencia Política de la Universidad de Chile rinde a la memoria del destacado académico, ex Embajador de los Estados Unidos de América en Chile y recordado amigo James D. Theberge, abordando su pensamiento en torno a América Central y el Caribe.

A mediados de 1973 le conocí en Santiago cuando estuvo en un viaje de estudio de la entonces convulsa situación chilena. Desde entonces y hasta su prematura desaparición, hace seis meses, mantuvimos una estrecha amistad tanto aquí durante su desempeño diplomático como en su país cuando yo viajaba allá por motivos periodísticos. Nos interesaban por cierto temas comunes. En Washington departíamos sobre ellos en su casa, su oficina del Centro de Estudios Estratégicos e Internacionales de la Universidad de Georgetown, en el Cosmos Club que distinguía con sus preferencias, en la librería Krammerbook, en caminatas por calles del centro donde se desplazaba con paso rápido y seguro, en medio de una conversación chispeante. Recuerdo que aludía a mis visitas allá calificándolas de misteriosas, porque a pesar de que estaban relacionadas con asistencia a las reuniones de la Sociedad Interamericana de Prensa, con seminarios universitarios o por simple turismo, siempre les atribuía, con humor, otras finalidades.

En 1974 tuve el honor de patrocinar ante la Editorial Gabriela Mistral la traducción y publicación de su libro "Presencia soviética en América Latina", que fue un éxito. También me preocupé que posteriormente aparecieran aquí en diversas publicaciones otros ensayos suyos y estuve entre los amigos chilenos que lo instaron a publicar en 1985, poco antes de poner fin a su Embajada, "EE.UU. y América Latina: reflexiones de un diplomático". Jim me consideraba como una suerte de asesor literario y por cierto que desde Estados Unidos u otras partes del mundo me retribuía

* GUSTAVO CUEVAS FARREN: Director del Instituto de Ciencia Política de la Universidad de Chile. Miembro de la Primera Comisión Legislativa de la Honorable Junta de Gobierno. Miembro de la Comisión de Estudios de Leyes Orgánicas Constitucionales.

generosamente enviándome libros y textos sobre la libertad de expresión y de prensa, a cuyo estudio siempre me instó. En Santiago mientras fue Embajador teníamos un contacto asiduo y tuve el privilegio de conocer apreciaciones íntimas suyas sobre el acontecer político que registraba en un diario que iba a ser la base de un libro posterior sobre la transición a la democracia, que ojalá sea publicado en Chile.

Cuando lo conocí en esta capital, hace 15 años, le preocupaba como a pocos académicos, no diré norteamericanos, sino occidentales, el problema soviético, castrista y en general comunista, particularmente en relación con el hemisferio. Me dio a conocer entonces sus investigaciones sobre el poder naval ruso en el Caribe. En 1972 había publicado un libro sobre el tema y al año siguiente aparecieron otros tres, dos en Estados Unidos y un tercero en Gran Bretaña.

El Embajador Theberge en sus análisis sobre el tema acreditaba una visión global y penetrante. De hecho, en sus dos visitas a Chile en 1973, antes y después del cambio de gobierno suscitado el 11 de septiembre, le preocupaba como estudioso, entre otros asuntos, la presencia soviética en el Pacífico Sur y en concreto frente a costas chilenas. Esta se acreditaba con flotas pesqueras y oceanográficas, sin descartarse a mediano plazo la construcción de un puerto en Colcura, como lo había denunciado el senador don Pedro Ibáñez el 17 de mayo de 1973, originando una larga polémica.

El embajador recordó en una entrevista que le hice para *El Mercurio* en diciembre de ese año que la táctica soviética “es acostumbrar a los habitantes de un país a la presencia de flotas extranjeras, que en un momento dado pueden neutralizar la acción de las armadas nacionales”. De hecho así ha ocurrido en muchos puntos del globo y por cierto en la satelizada Cuba, a cuya área —incluyendo el Golfo de México— en julio de 1969 llegó por primera vez una escuadra naval soviética, procedimiento repetido hasta hoy. Está fuera de toda duda que el Caribe no es una zona de seguridad vital para la URSS, aun cuando la solidaridad política con Cuba exija algunas formas de apoyo concreto. En el fondo se ha tratado de una provocación deliberada a los Estados Unidos, acrecentada en el curso de los años con el respaldo a la Nicaragua sandinista, a diversos movimientos guerrilleros o independentistas en la región, a los gobiernos de Manley en Jamaica y de Bishop en Grenada, derrocado este último por una invasión norteamericano-caribeña, y a otros factores de conflicto o interés regional que atraen a Moscú: el petróleo mexicano, el Canal de Panamá, el narcotráfico hacia Norteamérica para debilitar su sociedad, etc.

James Theberge y sus asociados en paneles y publicaciones pusieron de relieve con hechos, documentos, cifras y estadísticas la naturaleza y finalidades de la dinámica soviética en una región que resulta básica por razones de inmediata vecindad para la defensa y la seguridad nacionales de los Estados Unidos. Las diversas formas de desestabilización política en el Caribe —espionaje, subversión e incipiente terrorismo— fueron prolijamente analizadas como parte de una estrategia soviética de largo alcance, incluyendo la actividad de las embajadas que siempre encubren conexiones clandestinas y de los partidos comunistas locales.

Todas estas fundadas advertencias se hicieron durante la administración Nixon, iniciada en 1968, si bien parte importante de su segundo mandato resultó esterilizada por el caso Watergate. Las turbulencias de la política norteamericana —afectada por el terrible fracaso de Vietnam— se dejaron sentir y fue así como fue elegido James Carter en 1976. Su inmediato antecesor, Gerald Ford, había designado a James Theberge como Embajador en Nicaragua en 1975, reconociendo así su calidad de estudioso de la política internacional.

En Estados Unidos es frecuente que del sector académico haya trasposos de personas al sector público o al privado y viceversa, por lo cual las nuevas actividades encomendadas a nuestro homenajeado resultaron muy explicables. Adicionalmente sus investigaciones se ampliaron entonces al problema político e internacional centroamericano, sin desvincularlo por cierto del marítimo caribeño.

La administración republicana no tenía prioridad por América Latina, aparte que el llamado Consenso de Viña del Mar de 1969 estuvo lejos de complacer a la Casa Blanca y a otras agencias gubernativas. En Nicaragua dominaba en 1975 sin contrapeso el general Anastasio Somoza Debayle. La guerrilla del Frente Sandinista de Liberación Nacional estaba entonces bajo control militar notorio, pero la mayor oposición interna estaba radicada en el diario *La Prensa* de Managua, dirigido por el batallador periodista y líder del Partido Conservador Pedro Joaquín Chamorro Cardenal, en dirigentes empresariales, en algún sector del clero que después alcanzó responsabilidades en el gobierno sandino-comunista. La debilidad del somocismo se venía perfilando, empero, por la prolongada permanencia en el poder de una dinastía familiar, por la corrupción y porque a la sazón era el único país centroamericano que ofrecía posibilidades de derribamiento de la represiva dictadura militar que lo regía.

El breve lapso en que James Theberge se desempeñó en Managua le fue ilustrativo para apreciar cómo en un mismo país la política exterior norteamericana iba a experimentar un vuelco considerable. El gobierno republicano distó de ejercer intervencionismo en los asuntos internos del país —y la propia gestión del Embajador de los EE.UU. así lo comprobó—, pero tan pronto como Carter tomó el mando la situación fue exactamente contraria. Al Departamento de Estado había llegado un grupo de jóvenes radicales que comenzaron a agitar los derechos humanos como instrumento político más allá de las fronteras del país. Por lo demás el propio Mandatario había declarado en un publicitado discurso en la Universidad de Notre Dame que ya no se registraría temor ante el comunismo que en el pasado indujo a abrazar a dictadores que lo combatían.

Somoza fue blanco directo de las nuevas orientaciones norteamericanas, debilitándose su gestión en forma progresiva. El asesinato de Chamorro, el 10 de enero de 1978, marcó el comienzo del fin del somocismo, pues unió a la oposición democrática y a los sandinistas cada vez más fuertes tras la meta común de cambiar el régimen imperante como fuera. El propósito no se habría podido cumplir sin apoyo externo: de EE.UU., Cuba, Costa Rica, Panamá y Venezuela. El embajador norteamericano Lawrence Pezzullo tuvo un papel protagónico en el derrocamiento de Somoza, que desde el 19 de

julio de 1979 sumió a Nicaragua en una dictadura, pero que la precedente, como lo han declarado en forma reiterada miembros democráticos de la propia familia Chamorro, que a pesar de tener a otros parientes cercanos en el oficialismo, no han logrado saber hasta ahora con certeza quiénes asesinaron al valiente ex director de *La Prensa*.

El descalabro de Nicaragua fue calificado por Theberge en 1980 en los siguientes términos: “La administración Carter contribuyó, merced a su ineptitud y sus errores, al ascenso al poder de los dirigentes marxistas sandinistas de Nicaragua, en julio de 1979. La política de Carter debilitó el régimen de Somoza y fracasó en el logro de una transición hacia un gobierno democrático moderado. Al negarle armas y municiones a Somoza y al prevenir a otros países de hacerlo, a la par de no impedir la entrega de armas a los rebeldes sandinistas, la administración Carter aseguró el triunfo de un movimiento hostil de carácter marxista. La administración Carter tiene una especial responsabilidad en la caída de Nicaragua bajo el poder de revolucionarios marxista-leninistas, segundo caso después de Cuba”. En otro ensayo sostuvo, el mismo año: “La administración Carter subestimó la ofensiva cubano-soviética en la proximidad de los EE.UU. Con ello proyectó una imagen de debilidad e inestabilidad que desalentó a los amigos y fortaleció a los adversarios de los EE.UU.”

La administración Reagan procuró desde sus inicios en 1981 que la situación nicaragüense revirtiera, pero tampoco ha tenido éxito por la oposición del Congreso y de la prensa, fuera de que el escándalo “Irán-Contras” originó un impacto público determinante, resultando seriamente averiados en él altos y medianos funcionarios del Poder Ejecutivo. Hoy el sandino-comunismo es muy fuerte y hace poco se dio el lujo de expulsar del país al propio embajador norteamericano, situación inusual no diré en América Latina sino que en el mundo entero.

El control de Nicaragua por el sandinismo hace ya nueve años repercutió también en El Salvador. En efecto, el 15 de octubre de 1979, o sea, tres meses más tarde, la Fuerza Armada salvadoreña depuso al Presidente General Carlos Humberto Romero, asumiendo una junta de facto con participación del Partido Demócrata Cristiano local. El gobierno norteamericano apoyó claramente su derrocamiento y el nuevo embajador acreditado después del golpe, Robert White, fue un ardoroso partidario de las reformas destructivas que el nuevo gobierno impuso. Naturalmente los activistas radicales del Departamento de Estado las inspiraban o aprobaban. La Junta Militar-DC llevó a cabo lo que la periodista norteamericana Virginia Prewett denominó “el socialismo relámpago” en El Salvador. Una reforma agraria confiscatoria —por cierto fracasada— y la estatización de la banca, el comercio exterior y las asociaciones de ahorro y préstamo fueron concretadas en marzo de 1980, derogándose la Constitución y amordazándose a la prensa. La crisis económica se hizo sentir desde entonces, originando una dependencia de EE.UU. que ha ayudado ya en más de 3 mil millones de dólares a El Salvador; aproximadamente un millón de salvadoreños ha debido emigrar de su patria; la actividad subversiva y terrorista marxista se ha dejado sentir en gran escala, generando más de 50 mil muertos y represalias de grupos paramilitares de signo contrario; corrupción oficialista que fue repudiada

claramente en las pasadas elecciones parlamentarias y municipales de marzo último.

Gracias a la política de Carter, El Salvador —país víctima de una desinformación periodística vergonzosa— fue hundido en una convulsión nacional de la cual aún no puede salir, a pesar del rechazo que la mayoría de la población acredita respecto al socialismo y a la violencia marxista amparada por Nicaragua y Cuba. “El objetivo estratégico de esta tendencia —escribió Theberge en 1983— consiste en desestabilizar la región entera, desde el Canal de Panamá hasta México”. Sucesivos ensayos y conferencias tuyas, incluso algunos escritos en Chile, pusieron de relieve esta realidad, formulando interrogantes, analizando causas, previendo consecuencias acerca del complejo problema político e internacional de América Central. Al término del gobierno Reagan aquél, lejos de haber sido resuelto, se agravó con el conflicto surgido en Panamá, donde se ha multiplicado un fuerte sentimiento antinorteamericano por el fracaso de una desestabilización conjunta del general Noriega. Cierto es que embajadores como Pezzullo y White fueron despedidos por sus múltiples desaciertos del servicio diplomático y que se introdujeron cambios de políticas y de personal en los pasados 7 años en América Central, pero lo cierto es que los peligros para la seguridad de EE.UU. en la región —a los que tantas veces ha aludido el Presidente Reagan— siguen subsistiendo, sino agudizados.

Los académicos cuando abordan en los claustros o en sus textos temas controversiales saben que pueden formar opinión o no formarla, en el sentido de que sus argumentos y tesis —de cualquier naturaleza que sean— pueden o no pueden encontrar el eco debido en los gobiernos o en la comunidad. Sin embargo, queda la satisfacción de haber dado oportuno testimonio de convicciones.

James Theberge, en relación con el Caribe y América Central, puntualizó con claridad, respaldo argumental y visión de futuro puntos de vista que creía correctos, que lo fueron y lo son. Temas candentes e incómodos para muchos, él los trató siempre con plena naturalidad. Tuvo la certeza de que estando inserto su tratamiento en la actividad serena y reflexiva de un estudioso, sus apreciaciones estaban dirigidas a efectuar aportes a un debate, máxime si se requerían definiciones en el terreno de los principios. La libertad política, la dependencia económica, la satelización respecto de una determinada potencia eran realidades sobre las que había de hablarse o escribirse sin ambigüedades. Disentía firmemente de los que preferían situarse —para utilizar una expresión textual suya— *au dessus de la mêlée*, creyendo que tan cómoda actitud puede poner a cubierto a quienes la adoptan. Sin embargo, es una penosa ilusión. En tiempos peligrosos, cuando la libertad humana es avasallada u oprimida, no caben posturas evasivas del imperativo de defenderla y vigorizarla.

James Theberge sintió como propios los dramáticos problemas de América Central y del Caribe, porque allí millones de hombres y mujeres eran y aún son víctimas de regímenes que vulneran con diferentes grados y en una u otra forma los derechos de la persona humana.

En 1959, y conviene recordar contando con el apoyo de periodistas norteamericanos a lo menos imprevisores, se adueñó de Cuba Fidel Castro.

30 años han pasado desde entonces y es de sobra conocida la trágica situación de la Isla, donde su mentor aseguraba que instituiría un “régimen cubano como las palmas”. El mismo se encargó pronto de contradecir semejante falsedad, confesando luego que desde siempre su ideario había sido el comunista. Su gravitación en el Caribe y en América del centro y del sur ha sido inequívoca —con algunos contrastes graves como en Chile—, pero es un hecho que a lo largo de tres décadas Castro ha sido un factor que ha cimentado el totalitarismo en este hemisferio, llegando en 1962 a la audacia extrema de instalar en su territorio misiles del “hermano mayor”, o sea, la Unión Soviética.

El desafío cotidiano a los EE.UU. que representa el régimen castro-soviético, con todo lo que implica, no ha sido bien comprendido en Norteamérica, donde la “détente” años atrás y la “glasnost” y la “perestroika” en estos días han encontrado tantos y tan influyentes admiradores. Sólo los que conocen a fondo la naturaleza y la acción de la ideología comunista, como lo fue en vida James Theberge, pueden valorizar en su justa medida la amenaza mortal que aquélla representa para Occidente.

Nuestro inolvidable amigo no titubeó en vaciar en múltiples formas su inquietud profunda por el avance progresivo de un sistema perverso. Pero a la vez pregonó sin vacilaciones los valores del régimen democrático y de las libertades y derechos de la persona. Las citas a este respecto de su pensamiento serían múltiples, conocido por lo demás por cuantos lo trataron o leyeron.

En suma, cabe afirmar que el Embajador Theberge investigó temas cruciales para la libertad y la dignidad humanas, valiéndose luego de la palabra oral y escrita para participar a otros el resultado de sus lúcidas reflexiones. Jim fue un modelo de amor a su patria, a la que quería vigorosa en la defensa de los valores que inspiraron hace más de dos siglos a sus padres fundadores. Pero, a la vez, fue claro en sostener las consecuencias profundamente negativas del “moralismo wilsoniano, el intervencionismo militante de funcionarios de la administración y la inclinación a la diplomacia coercitiva y punitiva” —como lo sostuvo en 1978— y que en América Latina han generado tantos y tan serios problemas a Estados Unidos.

Hoy lo recuerdo con profunda gratitud y afecto, seguro de lo perdurable de su testimonio y de que, como varón bueno y justo, está ahora a la diestra del Padre.

TOMAS P. MAC HALE*

* TOMAS P. MAC HALE: Abogado, redactor de *El Mercurio* y profesor universitario.